

Narrativa Una de las voces más originales y sólidas de la narrativa actual escribe sin concesiones sobre la parte más oscura y real de la condición humana

Epifanía tras el tsunami

De vidas ajenas
Emmanuel Carrère
Traducción de Jaime Zulaika

ANAGRAMA
264 PÁGINAS
18 EUROS

SÓNIA HERNÁNDEZ

Historias como *El adversario*, donde Jean-Claude Romand, después de engañar durante muchos años a su entorno más cercano, asesinó a su familia, prendió fuego a su casa e intentó suicidarse; o como la del ególatra narrador de *Una novela rusa*, que necesita arrasar el universo afectivo que le rodea para descubrir cuánto se detesta a sí mismo, le han granjeado a Emmanuel Carrère (París, 1957) una no infundada fama de escritor duro. Precisamente, esa voluntad de enfrentarse sin ambages a la parte más abyecta de la condición humana, con una escritura sometida absolutamente a su principal finalidad y liberada de ejercicios estilísticos o retóricas gratuitas, le ha convertido en una de las voces más originales y más sólidas de la narrativa contemporánea internacional.

La mayor parte de su obra se basa en la estricta realidad, aunque él mismo asegura que si eso sucede no es porque crea que la novela haya muerto ni nada por el estilo, sino que en la realidad encuentra materia suficiente para sus libros, que elabora con todas las técnicas y los recursos propios de la buena narrativa. El éxito de la historia de Romand, que fue llevada al cine, o la tensión narrativa que consigue en *Una novela rusa* son una buena muestra de ello. Como también lo es su última novela, *De vidas aje-*

Carrère construye una obra desgarradora a partir de la muerte de una niña víctima del tsunami y de su cuñada

nas, que también ha sido llevada a la gran pantalla en Francia y en la que disipa cualquier posible resquicio de duda sobre el talento y el valor de esta cautivadora voz.

Más allá del manido tópico de que la realidad supera la ficción, Carrère no puede dejar de señalar los excesos de determinadas escenas que a veces se producen en la vida y que serían desechadas por el más sensiblero de los guionistas. El momento en que dos niñas adorables bailan en un festival de fin de curso mientras su madre es-

Un pintor de minuciosos retratos

Asegura Carrère que si fuese pintor, sólo haría retratos, porque lo que le interesa es recrear la figura humana para acceder a todos los significados y fenómenos que la configuran. No otra cosa es *El adversario* (Anagrama en castellano y Empúries en catalán), o la biografía de Philip K. Dick, *Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos* (Minotauro).

Esa voluntad de registro de la realidad, trabajada con los recursos de un buen narrador, construye personajes que dejan de ser ordinarios para convertirse en arquetipo de lo peor –en la mayoría de los casos– o de lo mejor del ser humano. Por eso fascinan al artista que repara en ellos y los convierte en literatura que, a pesar de no ser ficción, construye una historia que no es sino una novela por su capacidad para trascender la realidad hasta un nivel casi mítico, donde más que recrear un suceso real, se reconstruye la verdad con todos los paliativos y recursos narrativos que están al alcance para poder asimilarla. Aunque confiesa que a veces se ha sentido vagamente avergonzado de escribir cosas tan crudas, y se alegra de haber dejado de ser el hombre que necesitó escribir aquella *Una novela rusa* (Anagrama).

El artista, al igual que el lector, observa detenidamente el retrato como si se tratase de un autorretrato en el que se busca para encontrar las respuestas que expliquen cómo se ha llegado a esa representación de sí mismo. Y Emmanuel Carrère, con frecuencia, da en la diana. **S.H.**



tá agonizando en el hospital es una de esas escenas. Y el narrador de esta estremecedora e imprescindible historia, aunque es consciente de los riesgos que está asumiendo, no va a renunciar a ella, porque se ha propuesto mirar de frente a la realidad. Lo ha decidido después de que no le quedara otra alternativa cuando, mientras pasaba unas vacaciones en Sri Lanka, en diciembre de 2004, presencié los efectos devastadores de la ola gigantesca.

De la justicia y del cáncer se extraen miles de enseñanzas que el autor exhibe sin el menor ánimo moralista

Otra niñita adorable, Juliette, fue una de las víctimas del tsunami del Sudeste Asiático, y a través del dolor de sus padres el escritor se encuentra de bruces con la pregunta de cómo se repone un ser humano a una experiencia como esa. De momento, al Carrère narrador la tragedia le sirve para tomar conciencia de que quiere envejecer junto a Hélène, la misma mujer de la que antes de la ola quería separarse, que quiere que una cierre los ojos del otro, y que eso debe de ser el amor. Poco después de su re-

PATROCINADO POR



El escritor, guionista y realizador francés Emmanuel Carrère
JORDI PLAY



greso de Sri Lanka, la realidad vuelve a ofrecerle un buen argumento para sus novelas: la hermana de su esposa, también llamada Juliette, está muriendo de cáncer. Sin embargo, no considera la posibilidad de abordar la historia hasta que no le insta a ello Étienne Rigal, el juez de primera instancia con el que Juliette trabajaba enfebrecidamente para ayudar a personas acosadas por el sobreendeudamiento en Vienne.

Carrère acaba aceptando ese singular encargo porque el juez le dice que él y Juliette, los dos cojos y enfermos de cáncer, habían sido grandes jueces. Así, según la distribución freudiana, el escritor pasa de desgracias neuróticas –como la de Romand o como la de él mismo en sus libros anteriores– a desgracias ordinarias –como la pérdida de una hija o como la muerte de una madre joven–, en la que el mal tiene unos rasgos más claramente definidos y, por tanto, identificables. En sus pesquisas, entre otras revelaciones acabará descubriendo el verdadero significado de la definición de Freud según la cual la salud mental se reduce a la capacidad de amar y trabajar. Y llegar a eso supone una liberación parecida a la felicidad. La liberación que el propio Carrère experimenta cuando descubre que el zorro que

sentía agazapado entre su ropa y que le estaba devorando ha decidido marcharse y dejarle tranquilo.

A partir de la muerte de las dos Juliette, Carrère construye una obra desgarradora y grandiosa que devuelve la mirada a los pequeños acontecimientos que fundamentan la existencia. De la recreación del día a día de los jueces luchando en su trabajo para que la justicia proteja a los más débiles y contra el cáncer, así como de la manera

Su escritura, sometida a su principal finalidad, está liberada de ejercicios estilísticos o retóricas gratuitas

en la que la vida se impone en las familias de las fallecidas, se extraen miles de enseñanzas que Carrère exhibe sin ningún ánimo moralista. Está escribiendo para hacer comprensibles las razones y los motivos de tanto dolor, para descubrir la otra parte del ser humano que, paradójicamente, había dejado a oscuras hasta ahora en sus obras. Es de esta manera como parece llegar al descubrimiento de la verdadera humanidad, y deslumbrar, con esta epifanía, a los lectores. |